

PRÓLOGO

A mediados del siglo XVIII, un modesto librero de Londres, John Newberry, decidió editar narraciones populares con diversas presentaciones y precios asequibles a los lectores infantiles. Esa preocupación por proporcionar lecturas adecuadas a la infancia fue extendiéndose por otros países europeos y a finales de ese mismo siglo eran ya frecuentes los primeros intentos editoriales por satisfacer las necesidades lectoras de los más pequeños.

También en Inglaterra, dos escritores, los hermanos Mary y Charles Lamb, consideraron que entre las primeras lecturas de los niños y niñas ingleses era necesaria la presencia de las obras de William Shakespeare. Además, comprendieron que ese acceso no debía responder sólo a los propios valores culturales de un autor entonces ya reconocido como clásico, sino al propio carácter de sus obras y, en especial, de los argumentos que desarrollan temas de validez universal.



Los hermanos Lamb comprendieron que, si Shakespeare había utilizado cuentos de la rica tradición folclórica para muchas de sus comedias y dramas, estas obras dramáticas podían llegar a los lectores infantiles con las formas propias de los relatos originales. Se trataba, por tanto, de que los más jóvenes pudiesen tener un conocimiento inicial de obras que, como las de William Shakespeare, hasta aquel momento sólo podían ser conocidas a través de la lectura por una minoría culta entre los adultos.

Desde entonces, y a lo largo del siglo XIX y en las primeras décadas del actual —momento en que aparecieron estas Historias de Shakespeare, publicadas por la editorial Araluce—, las ediciones de los cuentos basados en las obras dramáticas del genial autor inglés han sido numerosas. En la propia Inglaterra, otros adaptadores y narradores se ocuparon de acercar también a la infancia las obras de Shakespeare, cuidando siempre que contasen con el refuerzo visual de extraordinarias ilustraciones. En España, la primera de esas ediciones de la que hoy tenemos noticia apareció publicada en Barcelona, en 1847, con el título de Cuentos de Shakespeare, ó sea teatro de este autor novelado por Carlos Lamb, puesto en castellano por D. Andrés T. Mangláez. Ya en los primeros años de este siglo, cuando



la literatura infantil comenzaba a ganar aceptación social en nuestro país, existían otras ediciones españolas del teatro shakesperiano en forma de relatos al alcance de la infancia. Pero ninguna de ellas llegó a gozar de la difusión y popularidad de la publicada por Araluce, pues en los años cincuenta alcanzaba ya su quinta edición.

Tan notable aceptación popular fue compartida por la inmensa mayoría de los títulos incluidos en la colección «Las obras maestras al alcance de los niños», gracias a la acertada selección de obras y a la habitual calidad formal en sus presentaciones, que llevaron a hacer de estas ediciones una auténtica marca de prestigio: «libros de Araluce».

Ese acierto en la elección de obras maestras que puedan interesar, con una narración adecuada, a los más jóvenes queda demostrado en estas Historias de Shakespeare que ahora presentamos, seleccionadas por un anónimo narrador —¿impresionado quizá por poner su nombre junto al de Shakespeare?—, como podrá apreciar, sin duda, quien se lance a una lectura apasionada de estas páginas. Pronto sentirá captados su interés y su emoción por la ironía y el ingenio de la solución de «El mercader de Venecia», que alivian la tensión trágica de una exigencia cruel por el pago justo de una deuda. Pero antes habrá encontrado aires de los más



típicos relatos tradicionales en la elección de las tres cajas maravillosas para solucionar un matrimonio. Y tras esas emociones seguirán otras bien variadas, que le ofrecerán en su conjunto un ejemplo completo del mejor teatro de Shakespeare, donde no hay obras que merezcan ser relegadas a un segundo plano.

De acuerdo con ese propósito de seleccionar creaciones que, sin olvidar ese carácter representativo de su autor, fuesen del agrado e interés de unas sensibilidades infantiles, esta selección incluye desde creaciones de la primera época del autor nacido en Stratford-upon-Avon, como «El sueño de una noche de verano», hasta «La tempestad», reconocida por la crítica como el broche de oro en la obra general de su autor. Y con ellas, el juego del castigo a un vanidoso que llevan a cabo «Las alegres comadres de Windsor». O las aventuras de los caballerescos enamorados que protagonizan «Como gustéis» y las divertidas equivocaciones de una estupenda comedia de enredo como es la «Comedia de los errores». Los celos que trastornan la felicidad de un matrimonio en «Cuento de invierno», y los particulares procedimientos que emplea otro esposo para asegurar la paz en su hogar, con «La fierecilla domada», historia que también inspiró a Don Juan Manuel, para contar en El conde Lucanor los



problemas de «El mancebo que casó con mujer brava».

El resultado de tan acertada combinación de historias representativas del teatro de Shakespeare es un extraordinario mosaico, donde brillan los más completos elementos de las narraciones tradicionales, asuntos fantásticos animados por hadas y duendes traviesos que pueden transformar la cabeza de un campesino en la de un asno, peripecias asombrosas que se saldan con la felicidad de los protagonistas y relatos humorísticos donde el espectador o lector asiste divertido a las equivocaciones que sufren los personajes.

Y animando cada uno de estos relatos, un retrato fiel de los personajes inmortalizados en ellas por Shakespeare: desde el travieso Puck, hasta el gordiflón y grosero Falstaff; Titania, la reina de las hadas y Oberón, Próspero y Ariel, Shylock y Basanio, Leontes y Hermiona... En resumen, una parte esencial del mundo shakesperiano que, sin traicionar su auténtico carácter, hará de su lectura algo divertido, dando a ese término el sentido de que puede atraer y despertar las emociones más sencillas de los lectores infantiles y juveniles.

Jaime GARCÍA PADRINO

